

Encuentro con José Luis Ibáñez

Antonio Crestani

José Luis Ibáñez —Premio Universidad Nacional 2001— gran especialista en la literatura del Siglo de Oro ha logrado que numerosas generaciones de estudiantes de nuestra Universidad conciban el arte teatral desde un punto de vista clásico. Reproducimos en estas páginas el prólogo de Antonio Crestani al libro Memorias. José Luis Ibáñez producto de las conversaciones y de las experiencias vividas con esta figura indiscutible del teatro universitario.

El 26 de enero de 1993, como regalo de cumpleaños que la vida me tenía reservado, comencé a colaborar como brazo operador de Ignacio Solares en la Dirección de Teatro y Danza de la UNAM. Ese día, en su discurso de toma de posesión en el vestíbulo del teatro Juan Ruiz de Alarcón, Nacho dio a conocer que emprendería la nada fácil tarea de convocar a los máximos exponentes del quehacer escénico mexicano de la segunda mitad del siglo XX, en un ciclo que nombró *Los Grandes Directores del Teatro Universitario*. Al escuchar ese anuncio, de pie y rodeado de los nuevos compañeros de trabajo, de los técnicos teatrales, de algunos invitados y familiares, sólo pude percibir una pequeña parte de lo que me esperaba porque Nacho logró su faena y consiguió que la Universidad Nacional estrenara consecutivamente en sus escenarios montajes de Luis de Tavira, Héctor Mendoza, Juan Ibáñez, Ludwik Margules, Juan José Gurrola, Héctor Azar, Ignacio Retes y, por supuesto,

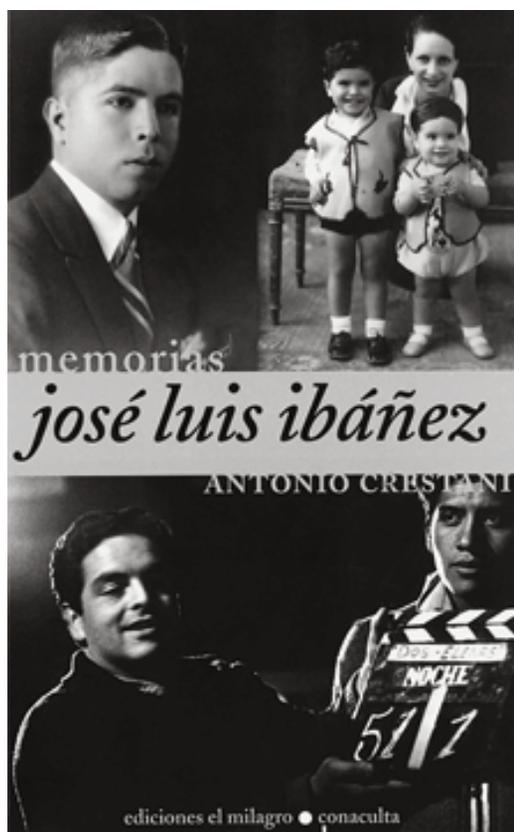
José Luis Ibáñez. Sé que los encuentros, afectos y experiencias que a partir de ese momento se dieron, y se siguen dando en mi vida, son una deuda que nunca podré saldar con él.

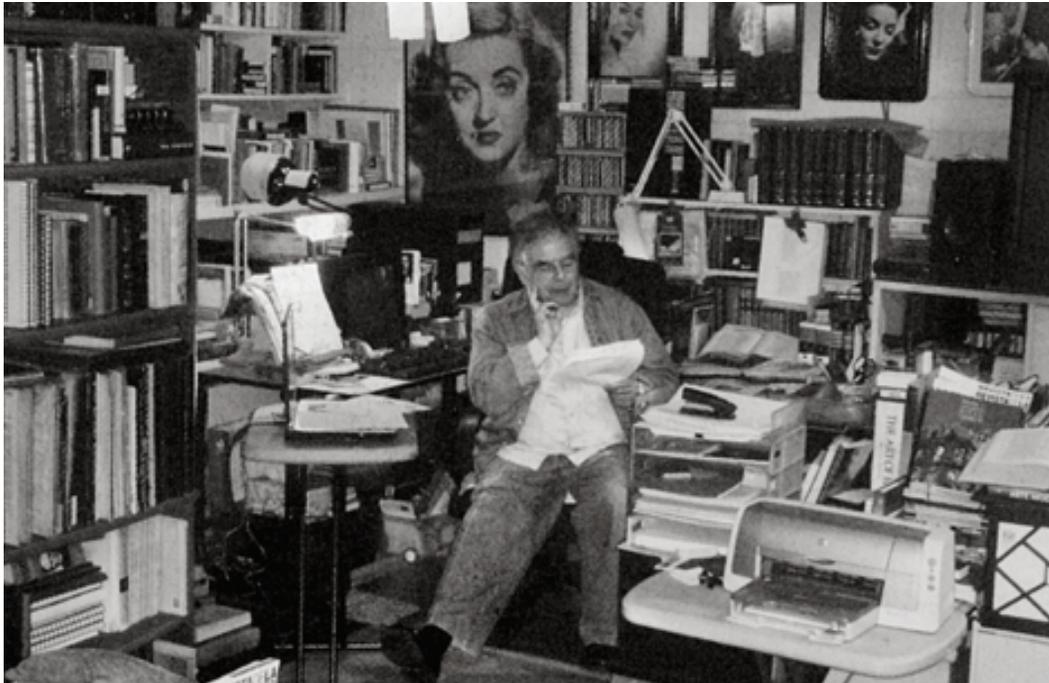
Y como Nacho Solares prefería que lo acompañara a prácticamente todo lo relacionado con la oficina, una tarde del mes de mayo de ese mismo año fuimos juntos a casa del maestro José Luis Ibáñez. Corroboré la dirección con Susi, la fiel secretaria de la Dirección, porque dudé del nombre de la calle: “Sí, Retorno Zinzincha —me dijo— en San Jerónimo”. A las 5 en punto José Luis mismo nos recibió en la puerta de su casa con una gran sonrisa y con el afecto de un viejo amigo. Al entrar tuve la reacción de admiración y sorpresa que a lo largo de los años he comprobado tienen todos lo que por primera vez visitan su casa porque lo que debería ser la cochera es un fascinante estudio consagrado a la formación teatral. La vastísima

Al entrar en casa de José Luis Ibáñez tuve una reacción de sorpresa que a lo largo de los años he comprobado.

biblioteca es un prodigio que está organizado para servir al huésped. Sobresalen las áreas dedicadas a Shakespeare, al Siglo de Oro y a las traducciones de los musicales. Algunos librereros son altos, otros bajos, pero de cada entrepaño surgen libros dispuestos de tal manera que incitan al visitante a tomarlos y a abrirlos. No resulta raro encontrar entre las páginas fotos o recortes de periódico que funcionan como apuntes del maestro Ibáñez que uno debe tener cuidado de regresar a su sitio. En los quince años que tengo de frecuentar con cierta regularidad la casa del maestro, siempre, forzosamente, los primeros minutos debo dedicarlos a aceptar la invitación que naturalmente hace el espacio a detener la mirada en los lomos de los libros y repasar los títulos que esperan poder brindar su ayuda. Estratégicamente, José Luis deja a la mano, como pastelillos recién horneados, sus nuevos libros y revistas, el *Playbill* del último estreno importante en Nueva York, o el DVD que recientemente le ha llegado del extranjero. Es usual encontrarlo viendo un

noticiero americano o un programa inglés en la gran pantalla plana que tiene conectada a un equipo de sonido y a una antena parabólica. Su notable colección de videos, y DVD's especializada en ópera, cine y teatro, la comparte con sus alumnos con el único requisito de anotar el préstamo en una hoja amarilla. A cada metro del estudio hay perfectamente dispuestos diccionarios abiertos, mesas con lámparas, lápices con punta y goma, papeles para notas y sillas acojinadas. En una esquina están la cafetera y la jarra con agua. En otra el calentador de gas para las tardes frías. En los espacios libres en las paredes hay fotos y carteles: varios de personajes shakesperianos editados por el *Times* londinense en su *Magazine* dominical de finales de los sesenta, algunos, obsequio de Alberto Isaac y otros comprados en la librería británica; otro muy bello de los autores irlandeses más destacados; uno pequeñito diseñado por Vicente Rojo de su montaje de *La vida es sueño*; y uno más de una corrida de toros que anuncia que ese día alternan en la Feria de San Fernando Paco Camino, Manuel Benítez *El Conlobés* y José Luis Ibáñez, una cariñosa broma de Viridiana Alatríste y Silvia Pinal. En una pequeña columna hay un pajizo trébol de cuatro hojas enmarcado; una foto extraordinaria con Carlos Fuentes que le obsequió Gabriel Figueroa; y otra con el rector de la UNAM Juan Ramón de la Fuente en el momento en el que le hace entrega del Premio Universidad Nacional. También está la foto del elenco de *Mame* y varios recortes de periódicos con imágenes o frases especiales entre los que se distingue en un retrato de Octavio Paz con la frase "El pasado es lo que sigue". En el baño está el póster de la obra *Culpables*, que se presentó en el teatro Lírico estelarizada por Enrique Álvarez Félix; un programa de mano enmarcado de una temporada del Teatro de la Nación; una pila de ceniceros de la época de fumador del maestro; el cartel de *A Chorus Line*, una foto de la comedia musical *Sugar*, y, sobre el tanque del escusado, en un atrilito, muchas placas conmemorativas de sus puestas en escena. En el rincón opuesto a la entrada, en lo que supongo originalmente estaría reservado a ser una pequeña bodega de la casa, está su lugar. Un cómodo sillón giratorio de color negro está rodeado de dos mesas de trabajo en las que reposan dos computadoras muy modernas. Este punto, iluminado cuidadosamente por varias lámparas, lo cuidan desde la pared una foto inmensa de Bette Davis, dos de María Félix y una de Silvia Pinal con el elenco de la obra *La señorita de*





José Luis Ibáñez en su estudio, 2008

Tacna. Así puedo describir el templo de estudio que con tanto esmero José Luis ha construido y que comparte con enorme generosidad. Sin embargo, esa tarde de mayo el maestro Ibáñez nos recibió en la sala de su casa, un espacio más íntimo con sillones muy cómodos que ven a una gran ventana que da al jardín. Ahí escuché a Nacho Solares proponerle que, por su conducto, la Universidad le invitaba a dirigir la obra que él deseara, con los colaboradores y elenco que escogiera, y en el teatro de la UNAM que mejor se prestara para ello. El maestro Ibáñez, después de agradecer la invitación como sólo él sabe hacerlo, sonrió y dijo “Pues, francamente, me gustaría hacer *La vida es sueño*, de Calderón de la Barca”. Y, sin saberlo yo, con esas sencillas palabras, José Luis señaló un rumbo inusitado por el que se desarrollaría mi carrera profesional.

Al igual que su exitosísima temporada en el teatro Juan Ruiz de Alarcón, la preparación y ensayos de *La vida es sueño* duraron poco más de un año. Durante todo ese tiempo, en el que se sumaron al equipo de colaboradores Vicente Rojo en el diseño escenográfico, Federico Ibarra en la composición musical, Carlos Roces en el vestuario, Carlos Trejo en la iluminación, Joan Mondellini en la coreografía y Keis Maes en el maquillaje, además de Diego Jáuregui, Emma Dib, Alejandro Peraza, Teresa Guerra, Ronaldo Monreal, Jorge Ávalos y yo mismo en el elenco, mis conversaciones con el maestro José Luis Ibáñez comenzaron. Debido a que yo cumplía funciones de actor y productor nuestras charlas se

comenzaron a desenvolver por varios temas y en diversos momentos y espacios. Creo que, quizá como le sucedió a él con el productor Bob Lerner, José Luis vio algo en mí que le hizo pensar que era una persona que podría aprovechar su experiencia. Instintivamente se dio cuenta de cuáles eran mis debilidades y decidió, como verdadero maestro, hacer fuerte al débil. De esta suerte y sin importar el tema, José Luis aprovechaba la menor oportunidad para contarme una anécdota o un testimonio de su vida así como las conclusiones que había sacado de ello. Pasó el tiempo y muy diversas experiencias nos acercaron a un grado muy grande de confianza. Al correr los años hemos hablado de todo, su amistad nunca me ha negado una respuesta. Y como sus reflexiones siempre me han resultado tan notables y ejemplares, hace unos años a la mitad de una de nuestras pláticas impulsivamente exclamé ¡José Luis, tenemos que hacerte un libro! Y como encuentro casual, o cita, diría Nacho Solares evocando a Borges, a principios de 2007, David Olguín, editor de El Milagro, se acercó al maestro para proponerle hacer un libro de su vida y obra para la colección *Memorias*. Para mi suerte José Luis aceptó con la única condición de que yo fuera su interlocutor, de modo que entre julio y noviembre de ese mismo año lo entrevisté sostenidamente en su casa de Retorno Zinzincha cada martes y jueves.

El presente libro es, de alguna manera, una síntesis de lo mucho que hemos platicado a lo largo de quince años. Contra todas mis limitaciones, me esforcé en seleccionar los temas que consideré más interesantes y

Al correr los años hemos hablado de todo, su amistad nunca me ha negado una respuesta.

enriquecedores y procuré conservar el ritmo, la sintaxis y, en fin, la manera de hablar del maestro. En estas páginas no se encontrarán líos, críticas y enredos; desde el principio el maestro Ibáñez prefirió hablar de los problemas que tuvo en sus obras para tener una referencia concreta y de ahí navegar, de tal manera que la finalidad de este libro no sea reconstruir su vida o su carrera sino usar su experiencia e intercalar sus arduos borradores. Sin embargo, al no ser escritor, de antemano pido disculpas por los muchos errores que puedan encontrarse en estas páginas. De todos ellos me confieso único responsable. En mi descargo sólo puedo decir, como le he escuchado a José Luis en diversas ocasiones, que aunque no contaba con los medios para emprender este esfuerzo me sostuvieron mis ganas irresistibles de hacerlo.

—¿Por cuál obra te gustaría empezar José Luis? —fue mi primera pregunta.

—Cualquiera —me respondió—. Nada de esto te lo hubiera podido decir en otro momento. No sé si diga algo interesante o no, pero es mi testimonio teatral. Y no porque exprese que es mi testimonio quiero indicar que así es la vida y el teatro. No. Son las cosas que se han ido

encadenando de una manera que me mantienen con ganas de enfrentarlo todo. Todo eso no lo pensaba antes. Lo he pensado últimamente porque cada vez soy más grande. Y ahora, claro, ya a estas alturas, puedo decir ciertas cosas que en ese tiempo no sabía cómo expresarlas o no encontraba las palabras para exponerlas. Por ello quisiera que esta conversación nos lleve a las obras que me han enseñado mucho porque he tomado conciencia de mis fallas y no porque tenga deseos de regresar a señalar sus virtudes. Vi estas para atrás, las virtudes y el trabajo de cada quien son de lo más dudoso. Cuando a mi trabajo le han llegado a señalar algún mérito lo agradezco, pero muchas veces no lo reconozco. En cambio, muchas veces me pasa que las fallas sí las veo porque son reveladoras del quehacer teatral. Me enseñan muchas cosas no sólo aplicables a mis ocupaciones teatrales sino, en general, a plantearme los problemas desde un punto de vista completamente opuesto al que tuve en otro tiempo. Me distancio de mis errores, los converso y les doy forma externa. Cuando he tenido la oferta de una obra, siempre ha sido ésa la que más deseo. Tengo muy buenos recuerdos de todas aunque no sea lo mismo de parte del público o la crítica. Todas me han dado grandes lecciones. Pero quizá las más



José Luis Ibáñez con Ofelia Guilmáin ensayando *Las criadas* en el foro del Palacio de Bellas Artes, 1959